

El vino del estío

por Iris Sancho

Un grupo de niños se sienta al borde de un río en la que será la última tarde de verano juntos, pero ellos no lo saben.

Ha sido un verano largo, llevan tres meses sin más obligación que entretenerse los unos a los otros y han terminado por encontrarse a sí mismos en ese grupo. En un momento de silencio surcado por las libélulas y el reflejo del sol entre los árboles uno se levantará y glosará alguna de las aventuras que han vivido este verano los cuatro.

Esto se roleará entre todos durante un tiempo, hasta que la persona más callada en esta escena nos transporte al coche de sus padres, que viaja cargado hasta los topes por una carretera seca y polvorienta en el que desde la ventanilla recuerda las cosas que no dijo. Descubrirá parte del secreto que le hacía callarse y participar casi de lejos de ese verano y pasará el testigo narrativo a ese otro niño/a al que le hizo un regalo antes de marcharse.

En qué consistió ese regalo nos lo dice el tercero, que lo encuentra en navidad al abrir el cajón de su cuarto en casa de sus abuelos, se había olvidado por completo del verano hasta este momento en el que sus sentimientos por la persona que le regaló aquella cosa estallan con el rotundo aroma del vino caliente con canela. ¿Qué pasó? ¿Y... podrá contárselo al cuarto niño, que lo espera para dar una vuelta por el pueblo?

La última escena la narra el cuarto, el coche de su madre deja atrás la última huerta, y el silencio de la mañana lo devuelve sin querer al sopor de las libélulas. Cerrando los ojos rememora su mejor recuerdo de aquel verano.

20 años después en las fiestas del pueblo se encuentran, por casualidad, los cuatro. ¿Qué hacen allí? ¿Con quién van? ¿Cuándo han vuelto? ¿Cómo se saludan?